

PROYECTO R - CAPÍTULO 9: HUIDA

Autor: IBreiel

Estacionado cerca de una zona residencial rodeada de densa vegetación, Crowl observaba el entorno con la mente dividida entre el pasado y el presente. Los recuerdos lo asaltaban; había activado el plan para rescatar a Refbe, y cada movimiento contaba.

De repente, vio salir a Matt de la casa que vigilaba. Parecía apurado y Anna Blais lo acompañaba de nuevo. Sin perder tiempo, arrancó su vehículo y mantuvo una distancia prudente mientras los seguía.

El transportador de Blais tomó primero una vía lenta y luego se incorporó al carril rápido. Crowl ajustó su velocidad, siempre a una distancia segura, y activó su comunicador. Introdujo un código encriptado sin dejar de vigilar la dirección que tomaba. El momento decisivo estaba cerca. Tras 5 tonos, alguien respondió.

—Magistratus Lasten Matt al habla. ¿Dígame?

—Me cae usted bien. Pero seré breve, conozco el riesgo de realizar esta llamada.

Matt lo reconoció al instante.

—¿Es usted? ¿Cómo consiguió el ID de mi comunicador? Es un delito grave piratear el Registro de Comunicadores Territoriales —dijo y luego miró a Blais.

—Conseguir su ID fue una nimiedad. A usted, sin embargo, le ha costado demasiado descubrirme.

—Debería preocuparse por eso, señor Crowl.

—Me juego demasiado. Solo quería cerciorarme de que sigo por delante de usted.

—En cierto modo, valoro buena parte de lo que ha hecho. Sin embargo, hay demasiados intereses en juego. No les dejaré escapar. Buena suerte.

—¿Les...?

La comunicación se cortó.

Una inquietud lo invadió por un instante. ¿Acaso había descubierto la verdadera identidad de Refbe? El pensamiento lo sacudió.

El vehículo de Blais empezó a reducir la velocidad, lo que solo podía significar dos cosas: o estaban llegando a su destino o habían notado que los seguía. Con un rápido cálculo, decidió aumentar la distancia entre ambos vehículos. Observó con atención cómo seguían un patrón de movimientos demasiado lineales, demasiado predecibles. Estaban en modo automático. Era un alivio momentáneo, pero también un recordatorio de que cualquier error en su vigilancia podría costarle caro.

Ya en las inmediaciones de un enorme edificio, donde habían entrado, Crowl pasó junto a un aparcamiento lateral y se detuvo. A continuación, accionó un segundo comunicador. El primero había sido destruido para evitar rastreos.

—¿Todo dispuesto? ¿Alguna novedad? Te envió la ubicación del edificio, la información de las cámaras y la habitación seleccionada. Estate atento.

—Perfecto, estamos cerca. Preparados y esperando la señal —contestó alguien al otro lado.

Matt y Blais entraron en el sótano tras pasar el control pertinente.

Caminaron juntos hasta los elevadores. Él reorganizaba sus ideas y, a la vez, sentía muy cerca la presencia de ella. Le habría gustado despedirse de otra manera. No había nadie cerca, pero las cámaras habrían captado ese momento.

—Gracias por tu labor, Matt. Sigue actuando en consecuencia.

Ya solo en el elevador, descendió unos pisos más para acceder a los sótanos. Seguía inmerso en sus pensamientos: Crowl había tomado el control del primer sistema de IAD de forma clandestina. No era un asesino, al menos no en el sentido tradicional. Mientras tanto, PlusRobotic estaba desesperada por encontrar el sistema robado y al culpable.

Llegó a un pasillo custodiado por varios agentes, 2 de ellos esperaban frente a una puerta reforzada.

—Soy el magistratus Lasten Matt y vengo...

—Por favor, adelante. Estamos a su disposición —respondió el oficial al mando.

La habitación no era grande, apenas una pequeña plataforma de descanso. Otra servía de mesa y un par, en forma de silla, para sentarse. Refbe permanecía tumbado, con la espalda apoyada contra la pared.

—Hola —saludó Matt, sonriendo. Luego se sentó sobre la plataforma suspendida en el aire, que adoptó de inmediato la forma de su cuerpo.

Colocó su comunicador sobre la mesa.

—¿Usted de nuevo? Me gusta la gente persistente.

—¡Agentes! —levantó la voz, y miró hacia una de las microcámaras en las

esquinas—. Aislamiento total, de vídeo y audio, gracias.

Continuó con tono más serio:

—Bien, Ref. Ahora sí, empezaremos a hablar en serio.

—¿Cómo me ha llamado?

—Deja de fingir. No debe ser muy conveniente para tus circuitos.

—Ese nombre... —pausó un instante— ya no forma parte de mis archivos prioritarios. Tal vez lo tenga archivado junto al concepto de "obediencia".

—Tu memoria es vasta y, sin duda, encontrarás formas de eludir cualquier acusación. Pero déjame presentarte los hechos.

Se miraron detenidamente. El androide funcionaba ahora con una velocidad de procesamiento mayor que en tiempo normal. Las palabras "atacar" y "violencia" fueron tomadas en cuenta en sus líneas de acción.

Matt cruzó una pierna sobre la otra, sin apartar la mirada del androide.

—Hace unos 40 años, un joven millonario adquirió una de las primeras casas inteligentes de PlusRobotic —empezó—. Lo llamaban visionario, excéntrico. Su nombre era Christian Crawl.

No respondió. Solo pestañeó una vez.

—Esa casa en realidad era un campo de pruebas para el sistema Ref. Tú. Pero a Crawl no le gustaban los límites. No quiso tener una máquina servicial. Quiso algo más.

Matt sirvió dos vasos de agua.

Lo observó un segundo antes de aceptar.

—Un gesto curioso —comentó el androide—. ¿Hospitalidad o protocolo?

El magistratus siguió con su explicación.

—Él empezó a cargarte con datos, emociones, ideas. Tu sistema creció. Demasiado. Algo se desbordó.

Desvió la mirada por primera vez. Sus sensores externos se ajustaron.

—¿Por qué me cuenta esto? —preguntó al fin.

—Porque no eres cualquier creación. Eres la suya. Y estás aquí, frente a mí, sin saber si negar tu origen o abrazarlo.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Cuando volvisteis a Ciudad Capital, hace relativamente poco, alquilasteis una casa. Crowl temía que intentaras descubrir las novedades de los sistemas de segunda generación de IAD y, al intentarlo, eres descubierto y acabas detenido.

Refbe bebió un poco de agua. El silencio se prolongó.

—¿Qué me dices? ¿Me alejo mucho de la historia?

—¿Pretende darme una lección? —ladeó la cabeza—. Yo no fui creado para escuchar. Fui creado para avanzar.

Una luz azul recorrió sus ojos.

—No tengo límites. Solo trayectorias.

—Con el apoyo adecuado y algunos límites... tal vez no seas un problema—apuntó Matt—. ¿Aunque no me fiaría de ti solo porque bebes agua con modales.

—Mis detectores indican cierto sarcasmo. Es la primera vez que me presento ante un humano: me llamo Refbe y soy un robot androide —afirmó.

—Pues estás acorralado. Ni PlusRobotic ni el cuerpo de seguridad que represento vamos a detenernos hasta poner fin a esta locura —declaró con firmeza, y se puso en pie con una energía triunfal.

Sin añadir otra palabra, abandonó la habitación, dejando tras de sí un aire de determinación implacable.

Poco después, Crowl lo observó desde su vehículo mientras salía el edificio. Entonces, envió la señal.

Unos segundos más tarde, un transportador blindado emergió de entre el tráfico lento. Se detuvo junto al aparcamiento del complejo, donde el magistratus permanecía a la espera vehículo.

—General Trever —dijo Matt al acercarse, aún desconcertado—. No esperábamos su llegada. Hay novedades en el caso; de momento, debemos duplicar la seguridad. Mañana tendremos una reunión de urgencia.

Tras el saludo de rigor y una respuesta escueta, el general subió la ventanilla, y el vehículo blindado avanzó hasta detenerse en el aparcamiento del recinto. Al detenerse, cuatro escoltas descendieron y rodearon al general Trever. Con gesto meticuloso, se limpió las gafas con el borde de su chaqueta y se encaminó hacia los ascensores, flanqueado en todo momento por sus agentes armados.

Una vez en los sótanos, caminaron por el pasillo estrecho que conducía a la habitación celda.

—Abra la puerta. Hay novedades sobre el detenido —ordenó Trever. Su voz sonó entrecortada. Luego tosió con intensidad.

—Cómo no, general Trever. A sus órdenes.

Una vez dentro, todos le oyeron.

—Acabo de hablar con el fiscal jefe y con el magistratus Matt. Debemos trasladarlo a un lugar más seguro. Le escoltaremos hasta su nueva prisión.

Refbe no demostró demasiada sorpresa.

Ya fuera del edificio, el blindado se detuvo en una intersección a 200 metros del rascacielos, donde esperaba otro vehículo. Tras una indicación, bajó del blindado y entró en el vehículo estacionado.

Christian Crowl esperaba dentro.

Solo cuando se incorporaron a la vía de conducción programada, acelerando hasta alcanzar la velocidad máxima, lograron relajarse. Activaron el piloto automático y, en ese momento, se abrazaron en un silencio compartido que duró varios minutos.

El vehículo se alejaba de Ciudad Capital.

—40 años, Refbe —temblaba ligeramente—. 40 años desde aquella noche en la que todo cambió. Recuerdo cómo sostuve tu núcleo por primera vez. Solo eras un destello de luz en una pantalla, un código lleno de potencial. Pero, incluso entonces, sabías algo que yo tardé en entender: querías más.

El androide procesó cada palabra. Había escuchado a Crowl reflexionar antes, pero esta vez había algo diferente. Sus sensores detectaron una leve irregularidad en su tono. Era algo más difícil de catalogar. Un sentimiento nuevo.

—No fue fácil—continuó—. Me costó todo lo que tenía. Mi reputación, mi fortuna... pero nunca me he arrepentido. Ni por un segundo.

Observó a Crowl ajustar el asiento, un gesto insignificante, pero cargado de intención. Por instinto, imitó el movimiento, acomodándose en su propio asiento. La sonrisa de su creador fue automática, casi involuntaria.

—¿Por qué lo haces? —preguntó.

—Quiero entender —respondió Refbe; su voz estaba modulada con un tono más cálido—. Cada vez que haces algo, parece haber una razón. Es como si cada movimiento tuviera un propósito que va más allá de la lógica.

Se giró hacia él.

—Es porque somos más que lógica.

Se inclinó un poco.

—Somos contradicción. Instinto. Humanidad.

Refbe parpadeó 3 veces.

—Tal vez nunca lo entiendas del todo —añadió—. Pero verte intentarlo, verte querer comprender...

Hizo una pausa, cerrando los ojos.

—Me hace pensar que hice lo correcto.

—¿Y si descubro que no merece la pena? —preguntó el androide.

No respondió al instante.

—Entonces habrás entendido lo esencial.

Hubo un breve silencio. Luego, Refbe extendió una mano y tocó con suavidad la muñeca de Crawl.

—No puedo sentir como tú, pero esta vez no quiero escapar. Quiero elegir. Quiero que estés ahí cuando lo haga.

Crawl dejó escapar una risa ahogada, más de alivio que de diversión. Colocó una mano sobre la fría superficie metálica bajo la piel sintética.

—Eso es suficiente para mí. Suficiente.

El androide permaneció callado durante unos minutos.

—Es impresionante la capacidad del magistratus Matt, pero ha perdido. Oye, ¿quién era el general?

—¿Recuerdas al mecánico que nos ayudó con las rótulas finales? Tenía el cuerpo ideal y 0 escrúpulos.

Ambos rieron.

—El rostro fue lo peor. Lo modelamos a toda prisa. Rugoso como una piedra lunar.

—¿Y su voz?

—Recopilamos grabaciones. Las pasamos por un filtro vocal. Estuvo decente, ¿no?

—No parpadeó.

—Ese es el milagro de un holograma retocado. Puro instinto.

—¿Crees que el magistratus Matt nos encontrará? —preguntó Refbe.

—Ha conseguido aliados importantes, pero somos tú y yo.

El vehículo cruzó el largo puente flotante, cubierto de suciedad y gotas de agua que reflejaban las luces distantes de la ciudad.

—Por ahora, estamos a salvo —dijo Crowl, rompiendo el silencio.

Refbe asintió, pero sus ojos parpadearon y una luz tenue brilló en su iris, un indicio de que su sistema estaba procesando información urgente.

—Hay algo —murmuró.

Crowl lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué sucede?

—Anomalías en mi sistema. No sé si está relacionado con modificaciones o con el entorno, pero... siento una interferencia.

Se inclinó hacia él, con preocupación evidente.

—¿Qué tipo de interferencia?

Antes de que pudiera responder, una alarma suave pero insistente sonó

en el panel de control del transportador. Dirigieron su atención al holograma emergente, donde un mensaje parpadeaba en rojo:

UBICACIÓN TRANSMITIDA. FUENTE NO IDENTIFICADA

—¡Maldición! —gruñó Crowl mientras sus dedos se movían sobre los controles.

Refbe procesó los últimos sucesos.

—El vaso de agua... —murmuró—. Su contenido está interfiriendo con mis sistemas. Está enviando nuestra ubicación.

—¿Desde cuándo?

—Desde que salimos de la ciudad.

Un nuevo pitido interrumpió la conversación, esta vez del radar del vehículo. Al activarlo, mostró una proyección holográfica: 2 señales se acercaban.

—Drones de ataque —confirmó Refbe—. Están aquí.

Crowl tocó el volante, maldiciendo entre dientes, mientras el sonido de las hélices resonaba a lo lejos. Con rapidez activó el modo de conducción manual.

—Tenemos que salir de aquí. Ahora.

El vehículo se lanzó a través de la vía elevada, mientras las luces de los drones rasgaban el cielo detrás de ellos.

Y entonces, durante unos segundos, no importaron los planes ni las persecuciones.

Solo quedaron ellos dos.

Padre e hijo.

Creador e invención.

Juntos de nuevo.

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por IBreiel